



HAL
open science

Prefacio : El fuego, la letra y la palabra

Horacio González

► **To cite this version:**

Horacio González. Prefacio : El fuego, la letra y la palabra. Denis Merklen. Bibliotecas en llamas. Cuando las clases populares cuestionan la sociología y la política, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2016, 978-987-630-248-7. halshs-02049472

HAL Id: halshs-02049472

<https://shs.hal.science/halshs-02049472>

Submitted on 26 Feb 2019

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Bibliotecas en llamas

Cuando las clases populares cuestionan la sociología y la política

Denis Merklen

Traducción de Heber Ostroviesky, Eduardo Rinesi,
Florencia Dansilio e Ignacio Dansilio

Cuadernos de la Lengua



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

UByD Unidad de Biblioteca
y Documentación
Secretaría de Investigación

ML Museo
de la Lengua


**EDICIONES
UNGS**

Merklen, Denis

Bibliotecas en llamas : cuando las clases populares cuestionan la sociología y la política / Denis Merklen. - 1a ed. - Los Polvorines : Universidad Nacional de General Sarmiento, 2016.

376 p. ; 21 x 15 cm. - (Cuadernos de la lengua ; 5)

Traducción de: Heber Ostroviesky ... [et al.]

ISBN 978-987-630-248-7

1. Sociología. 2. Biblioteca. I. Ostroviesky, Heber, trad. II. Título.
CDD 306.42

Título original: *Pourquoi brûle-t-on des bibliothèques?*

© Presses de l'ENSSIB, 2013

EDICIONES **UNGS**

© Universidad Nacional de General Sarmiento, 2016

J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX)

Prov. de Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4469-7507

ediciones@ungs.edu.ar

www.ungs.edu.ar/ediciones

Diseño gráfico de colección: Andrés Espinosa - Ediciones UNGS

Diseño de tapas: Daniel Vidable - Ediciones UNGS

Traducción: Heber Ostroviesky, Eduardo Rinesi, Florencia Dansilio, Ignacio Dansilio

Corrección: Edith Marinozzi y Gabriela Laster

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial

Derechos reservados

Impreso en FP Compañía Impresora

Beruti 1560, Florida (1602) Buenos Aires, Argentina,

en el mes de noviembre de 2016.

Tirada: 500 ejemplares.



Libro
Universitario
Argentino

Índice

Prefacio a la presente edición. El fuego, la letra y la palabra HORACIO GONZÁLEZ	9
Introducción: una piedra en la biblioteca	25
Nota a la edición argentina	55
Capítulo 1 Territorios en conflicto	57
Capítulo 2 Adentro y afuera. La biblioteca, la escuela y la prensa del corazón	139
Capítulo 3 Palabra escrita y revuelta popular	177
Capítulo 4 Los bibliotecarios frente a sus barrios	227
Capítulo 5 La biblioteca en el corazón de lo político	277
Capítulo 6 La lección de escritura de los sectores populares	309
Conclusión	347
Bibliografía general	361

PREFACIO A LA PRESENTE EDICIÓN

El fuego, la letra y la palabra

HORACIO GONZÁLEZ*

Me apresto a estar de acuerdo con esta admirable investigación de Denis Merklen, pero enseguida reconozco que debo atravesar varias dificultades de mi propia formación intelectual para sentirme cómodo con ese acuerdo. ¿Acuerdo e incomodidad, tal vez? Comencemos por la incomodidad. Evidentemente, aquí se juega con fuego. Esta frase popular que se me ocurre a propósito de este libro ronda y alude a un fuerte simbolismo: hay que tener cuidado con el fuego, y si de veras se quiere expresar algo a través de él, es mejor darse cuenta de que es un juego peligroso, recomendándose dejarlo de lado. O considerarlo una fuerte metáfora prodigiosa que conduce finalmente a una teoría de las pasiones. ¿Pero no lo había considerado ya Gaston Bachelard en el *Psicoanálisis del fuego* como un elemento fundante, como la maquinaria alquímica con la que trabajan los poetas –menciona a Novalis, a Rilke– para mostrar la vinculación afiebrada entre lo humano, lo orgánico y lo mineral? Evidentemente, hay entonces una historia del fuego como elemento reparador absoluto que se complace de su fuerza fascinante y bárbara, que puede ser condenado por la áspera incalculabilidad de su capacidad destructiva. Pero siempre sospechamos que alguien puede hipnotizarse por esta aptitud del fuego para generar grandiosos espectáculos, e inspirarse en él para reflexionar sobre grandes actos reparatorios, inspirados en la señal ígnea por excelencia para desviarnos de los sitiales de incomprensión por los que transcurren mayormente nuestros actos cotidianos.

* Sociólogo y ensayista. Entre 2005 y 2015 fue director de la Biblioteca Nacional de la República Argentina.

Ya que suele recelarse de algún elemento recóndito de sacralidad en cualquier fuego, por más doméstico que sea (y precisamente en este caso pudo verse el principio creador de la comunidad primera), no parece adecuado dejar de comprender la atracción con que ese *mimum* de sacralidad autorizaría para arrojar fuegos contra espacios que también reclaman su porción de sacralidad: bibliotecas, escuelas, catedrales, museos, grandes palacios, sacristías, locales políticos en tiempos de fuerte conflagración civil. No todos estos ámbitos portan insignias sacras, pero sí las bibliotecas. Tienen algo de las catedrales, pues el libro desde siempre es reconocido por sus misteriosos poderes: atraer al lector y no estar nunca inmune a la quema. Es como si el obispo de Canterbury estuviera afuera y no adentro del “Asesinato en la catedral”, según la extraordinaria visión de T. S. Eliot. En este caso, al revés, es el rey quien manda asesinarlo. Pero en el vigoroso estudio de Denis, es el Estado el que ocupa la posición interior (difunde la red bibliotecaria pública) resguardando la “sacristía”, pero no pretende tampoco ninguna sacralidad.

Alguien que no se incomodó con el fuego en las bibliotecas fue el considerado fundador de la Biblioteca Nacional Argentina: como un largo mito que recorre la historia, Mariano Moreno alude a la quema de la Biblioteca de Alejandría (episodio de la Antigüedad que se yergue como un fantasma sobre los cócteles molotov que se arrojan sobre las bibliotecas de la periferias de París), y escribe un gran documento fundador donde extrema su promesa iluminista. Si esta biblioteca recién fundada no cumpliera su función de ilustrar al pueblo, mejor sería incendiarla, dice, “como la de Alejandría”. Sin embargo, lo que estudia Denis Merklen es otra cosa, pues sus incendiarios se constituyen en tales precisamente por la forma en que las bibliotecas que toman como blanco cumplen aceptablemente las clásicas tareas de la “ilustración”. Son incendiarios nuevos, se hacen tales a partir de una trama numerosa de hechos de humillación cultural y étnica que no tienen premeditación alguna, y que tan solo se originan en el cuadro social habitual, en el modo de existencia aceptable que se concibe a sí misma como no violenta y socialmente incorporadora –“inclusiva”– pero que sin saberlo es portadora de un violencia inherente. La de la vejación por vía de la “cultura” hacia una singular mayoría de individuos a los que les dedica su esfuerzo servicial sin comprender que los acopla sigilosamente a un menoscabo cultural.

Este libro está dedicado a desmontar esta ingenua creencia bibliotecaria de que el bien tiene como contrapartida la devolución de un gesto equivalente, también fundado en el bien. Lo que se devuelve es otra cosa, no es el mal, sino lo que Merklen llama un mensaje, un pedido, un reclamo o, si se quiere, un texto-petitorio, pero enfundado en la grave grandilocuencia del fuego. Ocurre en las fronteras culturales de los suburbios de París, en esas ciudades que uno ignora, aunque las escucha pronunciar por los conductores del tren que va a los grandes aeropuertos: son nombres bellos, tiene la aureola de lo desconocido. Merklen los recorrió por dentro durante varios años desde 2007, habló con bibliotecarios y maestros, participó de ceremonias religiosas, escuchó a todos viajando en distintos transportes del lugar o yendo a pie. Vivió en esas periferias junto a esos iracundos que respetan personas y no propiedades, que poco tienen que ver con las *petroleuses* de la Comuna de París, antes, o con los atacantes de *Charlie Hebdo*, episodio ocurrido mucho después de las agudísimas observaciones de Merklen sobre las bibliotecas.

Especialmente, me gustó mucho aquella descripción de la tarea del sociólogo peregrino. Más me gustó cómo Merklen define esa tarea, que tiene el “riesgo spinoziano” de no juzgar, no reír ni lamentar un estrago: se trata de comprender lo que existe puesto que existe, de modo que si el sociólogo no es un incendiario (Roberto Carri, hace muchos años, identificado con su tema de estudio, el “bandolero social” Isidro Velázquez, se despojó de su condición de sociólogo y acusó a los que sí la seguían abrazando de más devastaciones “académicas” que las que produciría el delincuente fuera de la ley por culpa de los propios jueces), es a lo menos un sociólogo que se sumerge en lo *inacceptable* para ofrecer de esa anomalía otra inteligibilidad. Así define la tarea de esta sociología, entendiendo entonces que sigue siendo portadora de una misión científica, pero sobre todo, de un gesto de salvación de la propia sociología gracias a un golpe de timón de naturaleza ética. Es que no se trata de ser “corresponsal de guerra” representando a aquellos que no se internan en el territorio y confían en que el que lo hace traerá las noticias del caso y sabrá condenar adecuadamente a los incendiarios. El caso es más extremo y muchísimo más incómodo que el del mencionado corresponsal, de por sí embarazoso. Se parece al caso del personaje borgeano Brodie, que hace su informe sobre el ultramundo en el que debe participar, inverso al suyo, y vuelve convencido e incluso orgulloso—lo dice en su “informe”—de que pudo “formar parte de sus filas”. Esas *otras* filas.

Merklen desea desentrañar las bases de una alteridad cultural que exige un método para que tal desciframiento se realice, y no unaseudociencia que luego de ver la catástrofe vaya al muro de lamentos del progresista básico para compartir lágrimas, denuestos y asombros bienintencionados. Todo un programa de investigación y escritura queda expuesto en la frase de Denis: “situar lo inaceptable en el centro de la reflexión”.

Lo inaceptable es la situación en un conjunto, que incluye el incendio pero también las actitudes dominantes en el mundo bibliotecario y en el de las políticas sociales, lo cual involucra las decisiones sobre la organización bibliotecaria en los actuales suburbios de París. En primer lugar, la reconversión de las bibliotecas en mediatecas, en un gesto que contiene una supuesta hipótesis favorable al acogimiento de lectores jóvenes interesados en un tipo específico de consumo cultural. En segundo lugar, la desconfianza hacia las publicaciones populares que se basan en la demolición de la frontera entre lo público y lo privado, los asuntos “del corazón” y el melodrama segregado en forma dominante por las industrias de la cultura masiva carente de textualidad y abundante en imágenes emanadas de los grandes grupos mediáticos que estandarizan de manera dramática la comprensión del mundo. Merklen está más decidido a criticar lo primero que a desaprobado lo segundo. Temas para alimentar mi propia “incomodidad”. Pero si todo quedase allí, las bibliotecas serían un ámbito radicalmente concesivo a una fórmula de consulta eminentemente basada en los giros antiintelectuales de ese tipo de publicaciones. El propósito de atraer lectores con formas de conciliación hacia gustos masivos permitiría desalienar las bibliotecas de la percepción que las interpreta como exógenas a la experiencia popular o barrial, aunque el precio de esta visión, si se absolutizara, sería demasiado alto, tanto como para borrar una herencia bibliotecaria que debe pensarse hasta sus últimas consecuencias sin abandonar cierto linaje de lecturas. Estas, de no existir o no ser promovidas, convertirían a esos establecimientos en meros “centros de documentación” o salones comunales de “construcción de ciudadanía”, aceptando tomar estos conceptos en su composición más precaria.

Es evidente que en esta investigación reina un espíritu de duda hacia lo que con frecuencia el autor denomina la “cultura letrada”, que muy fácilmente considera actos de “vandalismo” a las acciones de reclamo para la revigorización de la ensambladura social en su dimensión cognoscitiva. En este sentido, tanto ministros como bibliotecarios –o un sector mayoritario

de estos– interpretan que el libro tiene un significado “sagrado en el orden simbólico de la democracia”. Se agiganta la idea de que el mundo de la escritura es consustancial para la integración ciudadana o laboral, produciendo dos deslices inadecuados al mismo tiempo. Primero, interpretando la cultura escrita como un aspecto exclusivo de la “correcta” identidad social (es interesante el incidente que relata en el siglo XIX Victor Hugo sobre el joven que no sabe leer y actúa contra las bibliotecas de manera violenta). Segundo: ignorando todos los demás usos de la escritura que se expanden hacia la amplísima cultura de los signos que recubren el conjunto de los usos de las tecnologías neocomunicacionales. Si en un barrio periférico hay un proyecto de urbanización racionalizadora, se demuelen los viejos monoblocks con argumentos del “buen vivir” del planificador urbano, y se construye además una biblioteca que suma un proyecto ilustrado a una arquitectura de saneación, con lo que el barrio pierde su identidad, su paisajística, su signatura humana y convivencial. Temas difíciles: se los comprende perfectamente y el lector del libro de Merklen debe decidir qué clase de “incomodidad” atraviesa; si la del propio Merklen, que la hace un órgano cognoscitivo, o la del que, entendiéndolo todo, no concedería con facilidad que lo “letrado” en sí mismo –más allá de que esa expresión nace fallida, plena de recelos–, no es una trama cultural que desfallezca antes sus deficiencias, sin que de igual manera se reconozcan sus memorias largamente atesoradas.

Con aquellas reformulaciones urbanas, de las que la “nueva biblioteca documentalista” y “mediatequizada” es el símbolo, entramos a la era del urbanismo servil a las normas centrales de control de la *cit *, y esa pérdida quizás queda personificada en la modernización bibliotecaria, que entonces se convierte en un “blanco” para la percepción agresiva por parte de los jóvenes habitantes del lugar, respecto a cómo todo el proceso consistió en un confiscación de sus propios signos de cultura por los signos de la “cultura letrada”.

No parece, sin embargo, que estas justas apreciaciones deban apartarse de la idea del libro como una herencia fundamental de la civilización. Merklen no lo hace, desde luego, aunque titula lo que no le gusta con conceptos cercanos a la “sacralidad” libresca. Y esto muy bien se mantiene como una perspectiva justa de crítica sensata a los poderes y soberanías pedagógicas que suele autoatribuirse la mencionada cultura letrada. E inmediatamente, a nuestro parecer, hay que inscribir estos desarrollos de

la nueva cuestión del libro en la propia historia de este. Nunca el fuego le fue ajeno, incluso se diría que nace de él. Con estos elementos explícitos y sus consecuencias implícitas, el corazón del libro de Denis Merklen es una investigación acerca del conocimiento que poseen las personas sobre sus gustos y sobre el de los demás, a modo de una lucha interna entre las categorías perceptivas de las distancias y diferencias sociales, étnicas y religiosas. Como todo ello se da en el seno de la relación barrio-bibliotecas, los síntomas del modo de quebrarse las nociones cognoscitivas sobre lo social adquieren el particular dramatismo de ocurrir en el *locus* simbólico de las bibliotecas, lo que lleva al conflicto entre los excluidos culturales y los procesos de modernización profesional ante realidades que el Estado percibe como degradadas. Esto pone en marcha, por parte de los poderes bibliotecológicos, formas de discernimiento y autovaloraciones que se basan en la incompreensión de lo “inaceptable”.

El plan central para las bibliotecas suburbanas de París suele hacerse estas preguntas: ¿Hay barrios con mayoría de habitantes de origen magrebí, asiático, turco? ¿Hay interés en esas poblaciones por el libro clásico? ¿No interesa más que las bibliotecas organicen un curso de comida balinense aunque no haya libros de por medio? Pero estas preguntas no significan que necesariamente se vean las tensiones sociales, determinadas por un modo de interpretación cultural en el que se alojan visiones que disfrazan sus prejuicios étnicos, modos progresistas que no esconden bien su rencor latente, o disputas por el carácter de la misión bibliotecaria sometida al imperativo de adecuarse al gusto popular heterogéneo impartido por las industrias de consumo. Otra visión trivial de este bibliotecarismo de las buenas intenciones puede ser la que lleve a resguardar la formación del lector tradicional (“el lector de literatura”), que es el abstracto personaje evasivo alrededor del cual se producen conflictos netamente políticos, regidos de manera habitual por malas resoluciones de una previa cuestión étnico-cultural (“la integración de las poblaciones venidas de un exterior cultural”), tanto si se opta por el respeto absoluto a sus características de origen como si se elige proponer la forzada “integración de los extranjeros a los valores y a las prácticas culturales francesas”.

La investigación de Merklen tiene largos alcances; en verdad, tiene la gravedad de una investigación que se dirige a interrogar las bases mismas de los presupuestos que la sostienen. Cada piedra incendiaria contra los muros catedralicios de estas bibliotecas golpea también el interior acolchado de

las propias bibliotecas del investigador. “De nuestras propias bibliotecas personales”. Este efecto, dice Merklen, es desestabilizante, otra manera de reflexionar sobre lo “inaceptable”. Lo inaceptable tiene aquí el valor de lo que señala hacia lo que hay que conocer, pues no se asocia el conocimiento con lo tolerable, sino que siempre es un evento paritario de lo intolerable. Hay un *nosce te ipsum* detrás de lo inaceptable como desafío permanente del investigador, que juega con la imposibilidad de conocer para conocer, y no a la inversa. Por eso, Merklen se anima a reenviar las agresiones al aparato cultural del Estado –“agredi” proviene del magma etimológico latino que dio palabras como progreso, congreso, regresión, digresión, agresión, y que no hay duda que tiene su origen en *gradus* o *grado*, “dar pasos”–, con lo cual la agresión se convierte en un complejo de conocimientos que envuelve las acciones violentas que de inmediato conducen a un problema moral. Para Merklen, un problema moral es eminentemente lo inaceptable que el investigador asume como su materia de trabajo, y que entonces, sin queja ni lloriqueos, aceptará como sus propias categorías internas de pensamiento. Produce el inmejorable espectáculo de no juzgar lo inaceptable, pronunciando las siguientes palabras fronterizas del acto de juzgar. “Esas piedras también golpean la ventana de nuestras bibliotecas, quiero decir, aquellas donde abrevan sociólogos y políticos”.

¿Se trata de una “sobreinterpretación”? Es justo que Denis se haga esa pregunta, porque siempre para interpretar hay que sobreinterpretar, sin desdeñar la otra cara de la sobreinterpretación, que es el silencio. Son las actitudes moralmente enfrentadas y complementarias frente a lo que parece normal, aquello que cuesta remover en sus cimientos, para tornarlo “anormal”, esto es, por fin disponible al conocimiento.

Por ejemplo, Denis insiste en que estas bibliotecas –por lo menos, esas bibliotecas que estudia– son bien provistas, modernas, pero rodeadas de esquivas sociales, humanas, subjetivas, inasimilables. Copiamos un largo parágrafo de uno de los capítulos, ya con el libro avanzado, en el que, como en tantos otros remansos de esta formidable investigación, se ofrecen puntualizaciones de pasaje para que el lector –ese que también es desafiado– se detenga para pensar:

En realidad, la biblioteca es un espacio clausurado por una serie de normas, entre ellas las que están inscritas en su reglamento interno, que cierran su perímetro con el objeto de posibilitar su actividad. En este sentido, no puede ser un lugar abierto

como una plaza o la vereda de una calle. Su régimen de regulación es a la vez más estricto y más preciso. Ahora bien, cabe formularse una pregunta. ¿Se puede considerar a la biblioteca como un espacio público, hablando con propiedad, es decir, en el sentido del espacio político de la democracia? La pregunta es pertinente, porque cierta confusión se presenta a partir del momento en que esas instalaciones son concebidas, a la vez en el pensamiento político contemporáneo y en el pensamiento profesional de los bibliotecarios, como un servicio público y como un espacio político cuyo objetivo es ofrecer a los ciudadanos herramientas para su integración social y para su formación política. Los libros, los discos, las películas, los periódicos están ahí, en el espacio de los barrios, para permitir que esos individuos y esas familias accedan a la cultura y dispongan de cierta cantidad de herramientas necesarias para la integración social (búsqueda de empleo, éxito escolar, educación familiar, métodos de lengua, actividades diversas). Pero las colecciones también están disponibles para permitir que cada uno explore y amplíe sus horizontes culturales, alimente su espíritu crítico, se informe, se forme, evolucione. La lectura, pero también la escucha de obras musicales o la observación de obras cinematográficas supuestamente están llenas de virtudes pedagógicas o informativas que el individuo de nuestras sociedades requiere para su desempeño social (para “tener éxito”) y para su actividad como hombre político. La República defiende su espacio y promueve su cultura al mismo tiempo que da posibilidades a los individuos de participar en su permanente redefinición. Todo lo cual la honra.

El problema viene de la presencia de las bibliotecas en esos territorios de los sectores populares que son los barrios. Porque nuestras sociedades no constituyen espacios abiertos y homogéneos donde cada individuo se pasaría en libertad. Ellas presentan más bien la forma de espacios profundamente divididos, y también espacios múltiples a veces incompatibles que se entrecrocán, se yuxtaponen y se rechazan como placas tectónicas, con sacudidas más o menos periódicas y todo. Es a este marco al que la biblioteca es remitida a través de las agresiones que padece, a su papel de emblema, hasta de objeto sagrado del otro.

En este puñado de palabras yace uno de los núcleos de la discusión o el debate –inagotable– que propone este libro, que es la pregunta por esa parte “exterior a nosotros mismos” que llamamos “sectores populares” e inmediatamente imaginamos que con ese juicio sintético a priori ya estamos sumergidos en ellos. La contradicción o la paradoja de las bibliotecas –una paradoja libertaria, pues creo que el pensamiento de Merklen desemboca en una visión de la sociedad regida por ese magno vocablo– es que son una consecuencia ineludible de la República, lo que supone un libre acceso de carácter laico a todo su volumen cultural formativo e informativo, destacándose el caso de aquellas bibliotecas que más se acercan al lector que lee no el bagaje clásico sino los signos de la sociedad de “entretenimiento”, esos conjurados de la “comunicación de los desmantelados monoblocks barriales”, no desprovista de esos mismos signos culturales pero alternativos a la lectura formal. Pero, y he aquí el *pero* sobre el que reflexiona Denis, un *pero* que es de la calidad de lo “inaceptable”, estas bibliotecas “presentan más bien la forma de espacios profundamente divididos, y también espacios múltiples a veces incompatibles que se entrechocan, se yuxtaponen y se rechazan como placas tectónicas, con sacudidas más o menos periódicas y todo”.

Sobrevuela sobre estas páginas un filete autobiográfico, y se nota en sus reflexiones finales cuando recuerda un libro anterior, su primera investigación sobre las experiencias, rangos existenciales y prácticas colectivas en los barrios periféricos de la ciudad de Buenos Aires que partían de movimientos sociales de ocupación de tierras y poco a poco generaban o autogeneraban normas de convivencia; entre otras, las de cómo narrar su propia experiencia. El libro de Denis, en ese pasado que personalmente yo también recuerdo bien, fue recibido con críticas. Eran las críticas de las personas con las que había compartido esa situación de compromiso social, sus compañeros, aquellos sobre los que “investigaba”. Cuando llegó el momento de discutir el libro ya publicado, muchos habitantes del nuevo lugar ya establecido cuestionaron sus conclusiones. Se produjo una ruptura del encantamiento de aquella fusión entre el investigador y sus personajes.

La conclusión de Denis es de gran importancia para este debate y nuevamente la copiamos:

El hecho también me permitió comprobar que el movimiento se dividía, que las heterogeneidades y las fracturas emergían a medida que la ocupación dejaba de ser amenazada, que era

aceptada por el sistema político y que el juego político penetraba en el barrio. También se profundizaban algunas fracturas a medida que los dirigentes se alejaban de los vecinos, que tenía lugar una burocratización y que la comunicación escrita reemplazaba parcialmente la alocución y las relaciones cara a cara. Como bien lo vio Lévi-Strauss, el papel llega siempre bajo dos formas: la del escrito y la del dinero. Las organizaciones de los barrios se burocratizaban y los dirigentes se distanciaban de los vecinos a la misma velocidad que el Estado daba dinero y exigía la institucionalización de las organizaciones barriales que se convertían en cooperativas, mutuales o asociaciones, según cada caso. En su estudio sobre la “lengua como una escritura”, Jacques Derrida critica la separación establecida “a los hachazos”, “de Lévi-Strauss a Rousseau”, entre la palabra y la escritura, y califica de “onirismo etnocéntrico” la expresión “sociedad sin escritura”, que no respondería “por lo tanto a ninguna realidad ni a ningún concepto”. El punto es importante, porque aquí hay una problemática que atraviesa toda observación sobre los sectores populares y que también es visible en mi trabajo, desde mis primeras investigaciones sobre los asentamientos de La Matanza hasta esta sobre las bibliotecas de los suburbios parisinos. Derrida califica la distinción entre la oralidad y la escritura de “pecado original”, un error que, a su juicio, encierra el conocimiento de lo social en la hipótesis de la oposición entre un mundo ingenuo (allí donde la violencia no habría penetrado aún) y nuestro mundo (así el del antropólogo como el del sociólogo), que traería consigo la violencia que luego introduciría en el seno del primer mundo como un acto de violación. Tanto para Rousseau como para Lévi-Strauss, el mundo del escrito violenta a la naturaleza inocente de un mundo fundado en la oralidad. ¿Por qué? Porque la escritura introduciría una forma de alienación que hace del lenguaje un sistema de clasificaciones que transforma a cada persona y cada objeto en una simple posición relativa donde unos no pueden comprenderse sino con respecto a los otros. Es la perversión del “nombre propio” el que a partir de entonces se convierte en una simple clasificación: “nombrar es clasificar”. El escrito es fuente de divisiones, de jerarquía y, sobre todo, de “distanciamiento” social. Por oposición, un mundo fundado en la alocución, en las interacciones cara a cara, en la comunicación directa, sería un mundo sin dominación.

Como vemos en toda la extensión de este tramo del trabajo de Merklen, nunca podemos olvidar que su libro es una investigación que su autor llama empírica –recurriendo a la prosapia ilustre de esta palabra, otras veces reemplazada por la más complaciente “trabajo de campo”–, y que carga en sí mismo el fuerte compromiso con los debates contemporáneos, quizás de todo el siglo xx, sobre la inscripción del investigador letrado en el mundo donde hay distintos tipos de alteridad, incluso una alteridad radical, como en el caso de Lévi-Strauss en sus historia con caduveos y nambikuaras, lo que permite rastrear el hondo problema de las escrituras como interruptoras indebidas del flujo del pensar comunitario. Merklen recuerda la gran polémica de Derrida con Lévi-Strauss, en la que la escritura aparece en el centro de una condena a las sociedades primitivas, condena inevitable de la que participa el investigador que no puede remediarla, que contribuye a ejecutarla y se conduce por ella. Es conocida la gran crítica que Derrida dirigió a esas interesantes pero imposibles reflexiones de un melancólico Lévi-Strauss.

No obstante, Merklen estaría de lado lévistraussiano, por decirlo así, en el que se pone bajo sospecha a la “cultura letrada”, concepto que tiene larga tradición en las ciencias sociales, con su leve carga peyorativa (desde Max Weber a Bourdieu, desde luego menos en el primero que en el segundo), aunque en el caso de Denis se abre siempre una duda: ¿no tendrá Derrida razón? ¿No es toda conceptualización una forma etnocéntrica cognoscitiva, que en definitiva es lo que tanto podría decirle Derrida a Lévi-Strauss como Lévi-Strauss a Derrida?

Por eso tiene vigencia el dilema al que sometieron a Denis Merklen “sus colegas franceses”. ¿Estaba hablando de las barriadas populares periféricas de París bajo la mirada que había adquirido en la formación de las nuevas barriadas populares en la periferia de Buenos Aires? ¿O a la inversa? En su libro sobre las bibliotecas, Denis se esfuerza por problematizar el papel de los “letrados”, tema implícito del libro (pero no tanto cuando se incluye entre aquellos a los que les es dirigido el mensaje extraordinario de los incendios) y sin duda llega hasta los confines de lo que es admisible en términos de escepticismo sobre la palabra escrita y la lectura formal (cosa que en su máximo nivel su mismo libro exige a sus lectores), todo con el propósito de imaginar la fundación de una nueva cultura periférica hecha con signos triturados y reprocesados de las culturas ilustradas que dan instrumentos necesarios (las bibliotecas), pero a los que hay que sacudir

bajo formas extremas para que reaccionen ante las nuevas letras, las nuevas imágenes, las nuevas culturas del común.

El libro de Denis será leído en nuestro país a la luz de experiencias sociales y bibliotecológicas diferentes pero no tan alejadas a la de la situación francesa. En forma más suavizada, aquí tenemos los mismos dilemas del “incendio” como metáfora de la disconformidad, pero encerrada en petrificaciones del pensamiento profesionalista bibliotecario muy evidentes, tanto de “profesionales del libro” como de sociólogos, con las numerosas excepciones que se pueden ejemplificar en el mismo trabajo de Denis Merklen, y precisamente con su libro, que tiene también –ya lo insinuamos– un magnífico reborde autobiográfico. Es audaz en todo, y sabe cuidar de sus lectores más prudentes con una aclaración final; no quiere generalizar, quiere estudiar solo una fracción de los sectores populares, “precisamente de aquellos que se encuentran en las barrios populares de las periferias de las grandes ciudades”.

Es cierto, pero el tenor de los temas tratados (la acción colectiva contra la simbología de los libros, esos inescrutables actos de desacralización) son elementos de una discusión universal a no ser cerrada nunca y que excede generalmente a nuestros propios conocimientos. Al final, la pregunta sobre qué es la acción en relación con las palabras explica que el incendio “de la catedral” sea una forma metonímica de un habla silenciosa e implícita en el seno de un mundo tejido de disconformidades, que a un desarraigo doloroso le impone la suplencia de acciones violentas, esto es, de lo que con trágica mudez tanto se tiene por decir.

Para suscitar este sentimiento, Merklen debe tratar un difícil tema: la perplejidad siempre imaginada, pero asimismo descartada, de la sacralidad del libro. Por momentos, la investigación necesita negarla para establecer que sus personajes no quiebran ningún pacto civilizatorio; pero en su fondo último, todo el libro de Denis está cuidadosamente escrito y elaborado, y si no me equivoco, trata de formas vecinas, y a veces plenas, de esa mentada sacralidad que, no obstante, se le atribuye a las mentes más perezosas para defender una ciudadela cultural a la que siempre le falta examinarse a sí misma. Estamos leyendo en estas páginas tan bien escritas de Denis Merklen un estudio sobre las relaciones del fuego con la escritura y sobre el modo general de la violencia en el interior de las locuciones escritas y de su multiplicada significación social. También flota aquel recuerdo de su primer trabajo en la periferia pobre de Buenos Aires.

Con el libro publicado, se origina una discusión entre sus protagonistas, de la que Denis dice estar dispuesto a aprender. Desde ya. Pero al volver muchos años después a ese mismo barrio ya establecido –de periferia a periferia– percibe que su libro sigue siendo el único que los habitantes del lugar tienen en su repisa.